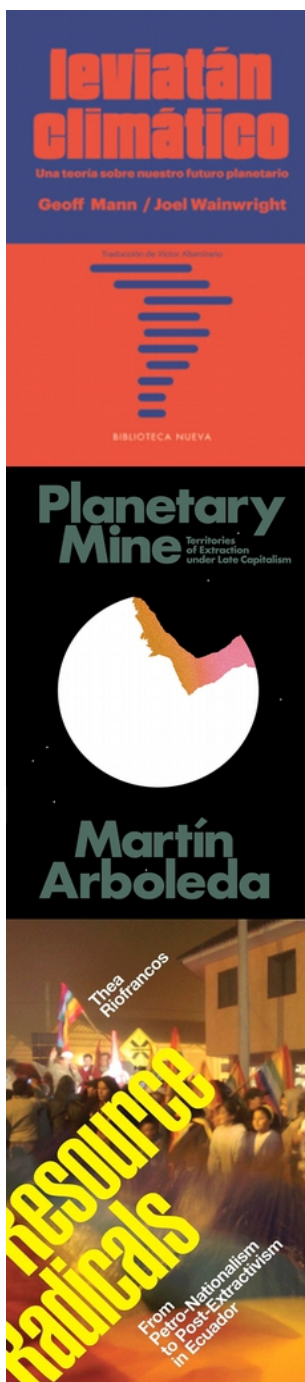


La renovación ecológica de la tradición materialista: tres visiones del futuro de la soberanía y la movilización¹

Julián PANADERO GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid, España

jpanad01@ucm.es



En los últimos años han proliferado los intentos académicos de trazar una explicación materialista a la destrucción medioambiental que los expertos perciben cada vez como más preocupante (Mann y Wainwright, 2018:24). El mejor ejemplo reciente es, quizás, el monumental *Capital Fósil* de Andreas Malm (2020), que echa mano del pensamiento marxista para explicar el calentamiento global. Los tres libros que justifican este ensayo son, efectivamente, ejemplos de una aproximación materialista a conflictos o amenazas socioambientales de distinta amplitud. Su proximidad temporal permite al menos apuntar hacia una tendencia que comienza a consolidarse en la literatura y hablar de una cierta renovación ecológica de esta tradición. Aun así, la diversidad de estas tres obras es clara, y el sentido que le dan a la crítica materialista es distinto en cada una de ellas.

La obra de Riofrancos (2020) se acerca a la confrontación entre los movimientos sociales de Ecuador y el presidente Rafael Correa, al hilo de los numerosos proyectos mineros que promovió durante sus mandatos. Su metodología, que la autora nombra como “la práctica material de la crítica situada” (Riofrancos, 2020:16) se inspira en el enfoque arqueológico y genealógico de Michel Foucault y se pregunta por las condiciones de aparición de los dos principales discursos que vertebraron el conflicto: el “nacionalismo radical de los recursos” y el “anti-extractivismo” (Riofrancos, 2020:17)

Para Riofrancos (2020:19), a diferencia de lo que ella percibe como la tendencia dominante en la ciencia política con-

¹ Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de las siguientes tres obras: *Leviatán climático. Una teoría sobre nuestro futuro planetario* de Geoff Mann y Joel Wainwright (2018, Malpaso, 352 pp.); *Planetary mine: Territories of extraction under late capitalism* de Martín Arboleda (2020, Verso Trade, 288 pp.); y *Resource radicals: From petro-nationalism to post-extractivism in Ecuador* de Thea Riofrancos (2020, Duke University Press, 264 pp.).

temporánea, las intervenciones discursivas que tuvo la oportunidad de observar y que componen su libro no estaban suspendidas en el vacío. Muy al contrario, estas son percibidas como auténticos actos materiales y defiende que son inseparables de las relaciones de la vida social y de los dispositivos que permiten su recepción y difusión.

Esto se traduce en un concienzudo estudio etnográfico de la evolución histórica del debate público ecuatoriano en torno a la gobernanza de los recursos, tanto como de las coaliciones sociales que abanderaron cada una de las posturas. Pero también de las estrategias y herramientas que los movimientos sociales emplearon durante el conflicto con Correa, a las que a su vez el Estado trató de hacer frente lo mejor que pudo (Riofrancos, 2020:27).

Y es que es en el terreno del conflicto político donde continuamente se mueve la investigación de Riofrancos (2020). Como aclara al poco de comenzar la introducción, su enfoque no comulga con la visión de los movimientos sociales como receptores pasivos de las estrategias del Estado y de las multinacionales. Al contrario: estos movimientos serían los principales artífices de los discursos en torno a la extracción de recursos. Unos discursos que, a su vez, habrían dado forma a las prácticas de los demás actores y, en ocasiones, decidido el destino de los proyectos extractivos y las políticas públicas (Riofrancos, 2020:3).

Planetary Mine, por su parte, se propone demostrar cómo las viejas geografías de extracción de recursos –los centros y las periferias– han sido sustituidas por una compleja red de infraestructuras espacialmente muy dispersas, a la que (Arboleda, 2020:4-5) llama la “mina planetaria”. Y aunque los motivos de dicha transformación serían variados, el autor destaca sobre todo dos: el ocaso de Occidente como centro de gravedad del sistema capitalista, y un salto espectacular en el desarrollo de las tecnologías de computación y de la robótica. La mina planetaria adoptaría así la forma de una cadena global de suministros, en la que las distintas actividades productivas aparecerían entremezcladas y de las que se desprenderían nuevas formas de poder político.

Pero Arboleda no se contenta con explicar cómo el plusvalor relativo se produce ahora a escala mundial o cómo esto refuerza los medios coercitivos del Estado neoliberal (Arboleda, 2020:6-7). El autor, que dice sentirse cercano a la tradición marxista preocupada por las “formas” o los “modos de existencia”, declara su compromiso con el estudio de cómo los procesos globales modifican el paisaje de las zonas de extracción o alteran las vidas de quienes residen allí. Esto lo acerca a las teorías feministas del punto de vista y lo emparenta con Riofrancos (2020) y su apuesta por la crítica situada. Con Lefebvre, Arboleda trata de combinar el análisis de las estructuras con el de la experiencia humana concreta, en un intento por captar la auténtica “totalidad” de la realidad social (Arboleda, 2020:180-181).

El tratado de Mann y Wainwright (2018:28) por último, se embarca en una discusión de las formas políticas que el cambio climático tiene más posibilidades de inducir, más allá

de que a estas alturas pueda o no pueda ser mitigado. Dicho proyecto se apoya, fundamentalmente, en la crítica de la economía política de Marx, Gramsci o Poulantzas, por un lado y, por el otro, en las teorías clásicas en torno al concepto de soberanía, con mención especial para Hobbes y Schmitt. La apuesta es, por fin, la construcción de una teoría que conjugue el examen del capitalismo y de la soberanía, con la convicción de que esta sirva como brújula política en un mundo asolado por las consecuencias del calentamiento global (Mann y Wainwright, 2018:39-40).

El resultado inmediato es un cuadro de doble entrada, que ofrece un puñado de tipos ideales de futuro climático, desprendidos del grado de afiliación con la soberanía planetaria y de su base capitalista o anticapitalista. De este par de disyuntivas surgen cuatro posibles respuestas políticas al cambio climático, que los autores bautizan de manera florida: "un leviatán climático capitalista; un Mao climático anticapitalista y centrado en el Estado; un *behemot* reaccionario capitalista; y una *x* climática anticapitalista y antisoberana" (Mann y Wainwright, 2018: 65).

Para la exploración de estas cuatro posibilidades, Mann y Wainwright (2018:148-149) se apoyan en una visión propia de lo político y aclaran que la respuesta al cambio climático pasa por su "adaptación". Es decir, por una auténtica transformación de la concepción de la esfera política y de su ámbito de actuación, más que por un mero cambio institucional o normativo (Mann y Wainwright, 2018:63). En su visión, anticipar las formaciones políticas del futuro es además comprometerse con el estudio de las relaciones entre las fuerzas políticas y con el de su posible transformación (Mann y Wainwright, 2018:38). Este envite historicista, pero alejado de todo determinismo (Mann y Wainwright, 2018:69), queda bien contenido en estas palabras colocadas hacia la mitad del libro:

¿Qué significa decir que lo político se "adapta"? En primer lugar, sugiere decir que lo político tiene tanto una historia -una historia natural, quizás- y una especificidad de tiempo y lugar, porque la adaptación ocurre con el tiempo y en respuesta a condiciones particulares. En segundo, sugiere también que lo político constituye una esfera distinta del mundo social, una parte de nuestras vidas que podemos aislar, al menos analíticamente. (Mann y Wainwright, 2018:147-148).

Más allá de sus diferencias, se aprecia al fin que estas tres obras parten de una voluntad clara de historización de sus objetos de estudio y que se comprometen con la construcción de un conocimiento "situado". En el caso de Mann y Wainwright este último punto quizás es menos explícito en su metodología. No obstante, en el prefacio aclaran que el libro nace con la intención de hacer una autocrítica del movimiento global por la justicia climática, del que ambos forman parte (Mann y Wainwright, 2018:11). Más adelante narran también su paso por la 21ª Conferencia de Partes celebrada en París (Mann y Wainwright, 2018:283-291), que les sirve para dibujar varias de las conclusiones del capítulo.

Los tres coinciden además en una clara preocupación epistemológica por la naturaleza, lo que confirma su participación en la mencionada renovación ecológica del pensamiento

materialista. Concretamente, dirigen sus críticas a las tradiciones intelectuales y políticas que trazan una separación entre Humanidad y naturaleza, o que entienden esta última como una circunstancia externa. Pero lo hacen cada uno de distinta manera, y las razones que dan para ello son a veces contradictorias.

En su intento por confrontar con la distinción entre naturaleza humana y no humana, que se situaría en el corazón del liberalismo, Mann y Wainwright (2018:162) se apoyan en Gramsci. Como él, entienden que la historia y la naturaleza forman una misma unidad y que el mundo se compone de relaciones socio-naturales, soldadas gracias al trabajo (Mann y Wainwright, 2018:171).

Planetary Mine ofrece una óptica similar, pero se encarga de recalcar que la producción de la naturaleza va de la mano con la producción de la subjetividad humana. Para Arboleda (2020:78-81), es de nuevo en el trabajo donde la naturaleza humana y la naturaleza no humana se entremezclan y se modifican mutuamente. Este estaría, de hecho, en el centro del metabolismo de la sociedad moderna y su explotación serviría para explicar el desarrollo espacial desigual, disparado tras lo que llama la "cuarta era de la máquina".

Riofrancos (2020:15-16), por último, ilustra en el choque entre la administración de Correa y los movimientos anti-extractivistas, con los que simpatiza abiertamente. Así, el discurso anti-extractivista se caracterizaría, en gran parte, por denunciar la amenaza al medioambiente que suponía la gestión del gobierno. Frente al parco anti-neoliberalismo de los ministros, el anti-extractivismo señala que el problema va mucho más allá de quién se apropia de los beneficios de los proyectos, sino que se trata, casi, de un dilema *civilizatorio*. Lejos de apostar por un tipo distinto de desarrollo, estos movimientos cuestionan el desarrollo como tal, que consideran inseparable de las persistentes relaciones coloniales.

Como ocurre en las obras de Arboleda (2020) y Mann y Wainwright (2018), el anti-extractivismo también se opone a la ruptura entre humanos y naturaleza. En su intento de cuestionar el grado de conocimiento del gobierno de sus realidades locales (Riofrancos, 2020:156), los activistas reivindican la figura de "el territorio", a la que conceden casi todo el protagonismo del conflicto social. De hecho, su visión es la de que la naturaleza es sujeto de auténticos derechos constitucionales y debe ser considerada como nítidamente política y con capacidad de agencia (Riofrancos, 2020:161-163).

Pero si hay algo que hilvana estas tres obras es una decidida mirada hacia el futuro. Si bien es en la obra de Mann y Wainwright (2018) donde más abiertamente se coloca como leitmotiv del libro, en las otras dos nos está, ni mucho, menos ausente. Ya en las primeras páginas, Riofrancos (2020:3) deja claro que el conflicto que está a punto de narrar modificó, y seguirá modificando, las políticas en torno a la extracción de recursos por todo el mundo. Pero, además, defiende que las tensiones en torno a la extracción o la energía no pueden sino ir a más en un planeta que se calienta muy rápidamente. En este sentido, Arboleda (2020:49) también apuesta por que las zonas de prospección mi-

nera no tardarán en multiplicarse. Con el cambio tecnológico acelerado, yacimientos antes inaccesibles se vuelven económicamente viables, lo que supondrá nuevas perforaciones.

La literatura viene apuntando esta tendencia desde hace tiempo, aunque por distintos motivos. Valero y Valero (2015), en una obra catedralicia, apuntan muy convincentemente a que la transición energética impulsada para mitigar el cambio climático se va a ver acompañada de la proliferación de minería para la obtención de los llamados materiales críticos. Esto abre nuevas posibilidades a la idea de adaptación política de Mann y Waiwright (2018) y confirma la relevancia de su enfoque. Aunque en su obra esta última cuestión se encuentre casi completamente ausente, no deja de apuntar hacia los retos que implica el cambio climático y a cómo va a modificar las formas de gobernanza contemporáneas. En este escenario, ellos mismos defienden que las grandes preguntas políticas siguen ahí y que estas aún giran en torno a la democracia, la libertad y la soberanía (Mann y Waiwright, 2018:97). Hay, no obstante, una manera distinta de acercarse a ese futuro en estas tres obras y, sobre todo, una distinta apuesta por el papel que jugará el Estado-nación, que queda reflejada en su armazón conceptual. Las tres ofrecen también su visión de cuáles pueden ser las opciones para la emancipación y qué aspecto tendrán las resistencias populares. Las próximas secciones tratan de profundizar en estas cuestiones y encontrar sus semejanzas y sus puntos de divergencia.

Del Estado soberano al soberano planetario

La obra de Thea Riofrancos (2020:6) es quizás la que más atención presta al Estado, que aún sitúa en el centro de su análisis. Y es que su primer objetivo es el de identificar “modelos de gobernanza” de los recursos. Su enfoque es el de una esfera autónoma en la que se vive un conflicto constante (Riofrancos, 2020:22-23) y no pasa por alto los disensos que se producían entre los propios miembros del gobierno (Riofrancos, 2020:30). No obstante, pone mucho énfasis en su voluntad de ir más allá de los límites del “petro-Estado”, tan común en la literatura sobre dependencia (Riofrancos, 2020:13). Lejos de pensar que existe una relación lineal entre el expolio de recursos y el tipo de régimen político, Riofrancos (2020:23) defiende que la cuestión es más compleja –las actividades extractivas pueden incluso espolear la democratización– y concede un rol mucho más importante a la sociedad civil. También recalca que los proyectos extractivos involucran a escalas locales, nacionales y globales, y que ninguna puede entenderse sin las otras (Riofrancos, 2020:4).

Arboleda (2020:44-45) también parte de una aguda crítica a muchos de los enfoques predominantes en la literatura sobre dependencia, motivada por su persistente nacionalismo metodológico. Su principal problema, aclara, es que estas teorías utilizan como marco las relaciones entre los Estados y pasan por alto la verdadera *esencia* del extractivismo. En su lugar, Arboleda (2020: 37-38) defiende que los Estados no son más que formas históricas y fetichizadas del auténtico corazón del capitalismo: la producción

mundial de valor. De este modo, la economía global no podría ser entendida como una disputa entre economías nacionales, sino que, más bien, estas son tan solo el aspecto aparente del mercado (Arboleda, 2020: 52-53). Esto no quiere decir, sin embargo, que el Estado no sea imprescindible para el proceso de acumulación (Arboleda, 2020:22). De hecho, la emergencia de la mina planetaria ha supuesto la consolidación de un Estado neoliberal más autoritario y represivo y quienes viven en las zonas de extracción aún experimentan violencia en términos de dominación imperialista (Arboleda, 2020:58). Y aquí, concluye Arboleda (2020:68-69), poco importa el hecho de que quienes estén detrás de estos proyectos sean Estados o grandes empresas.

Algo muy parecido trata de explicar Riofrancos (2020:39) para el caso de Ecuador. En los albores del discurso anti-extractivo, este se fundamentaba, en gran parte, en una reivindicación del papel del Estado frente a las firmas extranjeras y en demandas de nacionalización de los recursos. Pero este terminó por evolucionar entre ciertos sectores en una oposición frontal a las actividades extractivas por, entre otras cosas, el daño que estas causaban en las comunidades circundantes (Riofrancos, 2020: 47). El conflicto no podía sino terminar por estallar con el gobierno de Correa, que se contentaba con repartir de manera más o menos equitativa los beneficios de los recursos y que se caracterizó por un claro compromiso pro-minería (Riofrancos, 2020: 52-55). Para los activistas, no bastaba con oponerse al neo-liberalismo, sino que el problema era la extracción en sí. Esto les hizo ganarse acusaciones de colaboración con el imperialismo extranjero por parte del gobierno y abrió una brecha definitiva en el seno de la izquierda ecuatoriana (Riofrancos, 2020:74-75).

Para Mann y Waiwright (2018: 63-64) por último, el punto de partida es precisamente es el de indagar si la soberanía en manos del Estado dará paso a algún tipo de reconfiguración de sus límites. Hoy, el futuro más probable para enfrentarse al cambio climático es el de una administración planetaria, con legitimidad democrática y autoridad suficiente para hacer frente a los retos del calentamiento. No obstante, en la construcción de un régimen de este tipo será determinante la participación de los actuales actores estatales. Según explican Mann y Waiwright (2018:68-69), las posibilidades pasan casi inexcusablemente por el liderazgo de China e India, que deberán colaborar con el bloque liderado por Estados Unidos. No es, sin embargo, la única opción: los autores reconocen que podría surgir otro tipo de administración planetaria, distinguible por su voluntad de enfrentarse al capital. Esta estaría centrada en el Estado y tendría con mucha probabilidad que ver la luz en China, quizás tras un nuevo proceso revolucionario. Los autores llaman a este modelo "Mao climático" (Mann y Waiwright, 2018:80-89). Pero la emergencia de la soberanía planetaria sería, a su vez, contestada por dos alternativas muy distintas —dos *behemot*—: el ya familiar "populismo reaccionario" y una "democracia antiestatal revolucionaria" (Mann y Wainwright, 2018:90). Sobre esta última se volverá más adelante.

La atención sobre el país comunista es, en cualquier caso, otro punto en común entre los tres libros, hasta el punto de condicionar gran parte de sus enfoques. Y es que la emergencia económica de China es el principal motivo que Arboleda (2020:46) esgrime para cuestionar las teorías clásicas de la dependencia. Tras lo que se conoce como el “boom de las mercancías” el grueso de la riqueza material fue a parar a las manos de países anteriormente considerados periféricos o semi-periféricos, que además vivieron un espectacular desarrollo tecnológico. Sin embargo, China está lejos de poder ser considerada una potencia hegemónica al uso, lo que obliga a revisar los conceptos y los marcos analíticos de anteriores momentos (Arboleda, 2020:50-51). Lo cual no impide que la gran mayoría de las materias primas exportadas desde América Latina son hoy absorbidas por China, y lo mismo ocurre con la expansión de la minería (Arboleda, 2020:63-64).

El ciclo alcista en los precios en las mercancías y la imparable demanda desde China es también el contexto en el que se mueve la obra de Riofrancos (2020:7). Y es que fue precisamente este escenario –que coincidió con los éxitos electorales de la izquierda– lo que provocó que la economía latinoamericana se volviera tan dependiente de los ingresos generados por la extracción de recursos fósiles y minerales. Ella, no obstante, pone mucho cuidado en no establecer ninguna relación causal entre estos vaivenes económicos y la realidad política y social, que entiende como una esfera bastante autónoma.

En *Leviatán climático* también se habla de que “un cambio veloz y masivo en las geografías de la producción y el consumo de energía se encuentra actualmente en proceso”, basado sobre todo en el *fracking* (Mann y Wainwright, 2018:58-59). Este nuevo escenario estaría precisamente dominado por Estados Unidos y China, lo que refuerza su papel como regidores del mundo y dificulta la coordinación para un acuerdo de mitigación de emisiones. Pero, como se apuntaba un poco más arriba, hay otro motivo para mirar hacia China en la reflexión acerca de las formas políticas del futuro. Si se habla con tanta contundencia de la posibilidad de un “Mao climático” no es por casualidad: el sudeste asiático acoge a la mayor parte de la población en riesgo directo por el cambio climático y, como razonaba Arboleda (2020), el centro mundial de la producción y del consumo de mercancías se encuentra hoy precisamente allí. Esto, aunque hoy parezca difícil, podría traducirse en una auténtica movilización popular que tratara de hacerse con las riendas del Estado e implementar así una reducción drástica de las emisiones de carbono (Mann y Wainwright, 2018:87-89). Lo que supone, quizá, uno de los pocos caminos para sobrevivir al cambio climático (Mann y Wainwright, 2018:82).

Hay, sin embargo, una considerable disparidad entre estos tres libros cuando la discusión en torno a la soberanía se gira hacia la escala local. Mann y Wainwright (2018:273) apenas la tratan y solo aclaran que en ciertas formulaciones de la administración planetaria es difícil pensar que los pueblos del mundo puedan ejercer algún tipo de mandato democrático. Arboleda (2020:132) también hace mención a una preocupante galvaniza-

ción del poder municipal, pero se ve opacada por su mirada de la mina planetaria más allá de la zona de extracción. Es entonces Riofrancos (2020) quien realmente se toma en serio este asunto, que por momentos coloca en el centro de su análisis.

Su exploración del discurso anti-extractivista la lleva a afirmar que ya antes de la elección de Correa era posible distinguir dos visiones enfrentadas de la "soberanía". Una entendida como soberanía nacional frente al capital extranjero, y la otra como soberanía para negarse a toda actividad extractiva (Riofrancos, 2020:45). Pero es que el enfrentamiento entre las comunidades afectadas por la extracción y el gobierno no era sino, en el fondo, una disputa por quién ejercía de sujeto de la autoridad democrática, que cristalizó en torno al mecanismo de "consulta previa" (Riofrancos, 2020:115). De un lado, la administración defendía que la posibilidad de que las comunidades indígenas rechazaran la extracción significaba que el interés general, representado en el parlamento, quedara supeditado al particularismo (Riofrancos, 2020:128). Del otro, las comunidades cuestionaban la autoridad del Estado y reivindicaban su derecho a decidir en exclusiva sobre el destino de sus territorios (Riofrancos, 2020:117). Más allá de la lógica escalar, se dio así una contienda entre dos formas de entender la democracia, que afectaba al grado de legitimidad de los proyectos mineros (Riofrancos, 2020:131).

Este tipo de resistencias sociales es otro tema común en las obras examinadas. En todas resuenan además dilemas similares y se enmarcan, como se ha venido explicando, en una tradición intelectual compartida. Su configuración de la movilización y la confianza en sus capacidades para motivar cambios sociales, sin embargo, se muestran de manera desigual. El siguiente apartado da cuenta de la visión que este grupo de autores tiene de las luchas populares y trata, con especial interés, de ofrecer su versión de la posibilidad de un futuro distinto al actual, algo que cobra especial relevancia en la búsqueda de soluciones al cambio climático.

Movimientos sociales y transición: ¿hacia un futuro distinto?

Es hasta cierto punto sorprendente la afinidad entre las obras de Mann y Wainwright (2018) y de Arboleda (2020) a la hora de tratar la movilización social y sus esfuerzos por alterar el orden de cosas. En sus capítulos finales, ambos ensayos se esfuerzan en discutir qué aspecto podría tener un movimiento revolucionario internacional que pudiera resolver la situación descrita en las páginas anteriores y ambos coinciden en la pluralidad y diversidad que este tiene que alojar. En los dos casos, sus enfoques se nutren además de las teorías del autonomismo, pero se lanzan a una revisión crítica que termina por refutar algunas de sus conclusiones más difundidas.

En el caso de Mann y Wainwright (2018:292-293), el interés pasa por resolver cuáles son principales escollos para que el movimiento por la justicia climática tenga éxito. Y aquí terminan por identificar que el problema parte de tomar como unidad de análisis al Estado-nación territorial en la carrera contra un problema que asume, casi por primera

vez, una escala verdaderamente planetaria. Ante esto, el movimiento por la justicia climática no puede ser sino una amalgama de movimientos surgidos en contextos distantes y culturalmente muy diferentes. Arboleda (2020:217-219), por su parte, también señala que la visión *jamesoniana* de un archipiélago de utopías está más cerca que nunca de hacerse realidad. La expansión espacial de la mina planetaria, que en un primer momento atomiza a los individuos implicados en ella por todo el planeta, ha terminado por producir una interdependencia material sin precedentes entre ellos, hasta el extremo de haberlos convertido en una misma comunidad política en busca de la emancipación. Los cuellos de botella distribuidos por toda la cadena de suministros son hoy lugares claves de la contienda política. Y las huelgas y sabotajes que se producen en ellos, la principal amenaza a la circulación del capital (Arboleda, 2020:109-110).

Pero de nuevo resulta llamativo que las referencias intelectuales que ambos utilizan también coinciden, que además manejan y mezclan para producir un encuentro teórico muy similar. Más allá de la duplicada mención al zapatismo (Mann y Wainwright, 2018:294; Arboleda, 2020:255) los dos libros buscan combinar la tradición marxista –o el pensamiento marxiano– con las luchas indigenistas y los enfoques decoloniales, que sostienen su doble mirada crítica hacia el capitalismo y el Estado-nación. Con estos, los dos estudios se esfuerzan por ofrecer una visión en positivo de cómo alcanzar un futuro distinto y de cuáles deben ser los medios para conseguirlo. En el caso de Arboleda (2020: 241-242) estos pasan por la construcción de una nueva subjetividad revolucionaria y por la apropiación de las tecnologías que componen las minas. Para Mann y Wainwright (2018:329) la cuestión se centra en entender que el cambio climático se trata, ante todo, de un problema político y que debemos involucrarnos con una idea de democracia profundamente radical para lograr adaptarnos a él (Mann y Wainwright, 2018:334).

Hay, sin embargo, un fuerte desequilibrio en la atención prestada a cómo sería ese futuro al que aspiran los movimientos sociales. Arboleda (2020:242) se contenta con decir que estaría basado en un nuevo tipo de universalismo –más cercano a la de cooperación de especificidades– y en un conocimiento poscapitalista que combinara la ciencia más avanzada con las tradiciones de los pueblos indígenas (Arboleda, 2020:255). La “x climática” de Mann y Wainwright (2018:306), por su lado, sí que se discute en profundidad, aunque se reconoce que es prácticamente imposible anticipar la forma concreta que adoptará. En cambio, sí se da por sentado que tendrá que cimentarse en los principios de igualdad, dignidad y solidaridad (Mann y Wainwright, 2018:313) y que se trata, ante todo, de un mundo en el que el capital y el leviatán climático han sido derrotados (Mann y Wainwright, 2018:305). Su formulación histórica queda abierta (Mann y Wainwright, 2018:308), pero se insiste en que en ella no tendrá cabida el ideal de soberanía, sino que, más bien, tendrá que apoyarse en la reciprocidad y en la impugnación de cualquier relación colonial (Mann y Wainwright, 2018:344).

Riofrancos (2020:179-181) no parte de una descripción de la movilización social muy distinta a la de estos otros autores. Como Arboleda (2020:109), defiende que la obstrucción de los cuellos de botella de la extracción supone una herramienta política clara, que puede servir incluso para alterar la distribución global de mercancías. No obstante, se toma muy en serio los límites de esta estrategia, que reconoce que puede no ser suficiente para lograr cambios generalizados. El énfasis en las comunidades afectadas ha traído victorias concretas sobre los proyectos y ayudado a tejer alianzas importantes, pero se enfrenta a una alta fragmentación territorial. El nivel de movilización en cada punto de extracción es desigual y las demandas de sus habitantes son a veces parroquiales. El reto es entonces avanzar en la construcción de coaliciones más amplias, que impliquen a zonas urbanas e incluso a quienes no padecen directamente el daño de la extracción. Solo entonces, el anti-extractivismo estará en condiciones de tomar el poder político y de enfrentar de verdad los males que denuncia.

Quedaría aun así por resolver cómo alcanzar una sociedad "post-extractiva", para lo que Riofrancos (2020: 176-177) se esfuerza en discutir la posibilidad y las distintas alternativas de una transición hacia este modelo. Y es que más allá de la tozuda resiliencia del capital y de su simbiosis con el Estado, está la cuestión de en qué tiempos debe darse la mencionada transición. Algunos de los políticos a los que entrevistó Riofrancos (2020:67) hablaban de un "encadenamiento", en el que los beneficios de la minería se reinvertían en la promoción de sectores no extractivos. Otras voces hablan de una extracción "sensible", en la que el Estado cobra más importancia y refuerza la regulación medioambiental, al tiempo que los recursos se emplean en asegurar el bienestar de los ciudadanos bajo parámetros más sostenibles. Un dilema que se suma al de la escala territorial, y a cómo superar la mirada rural y localista –muy centrada en la agricultura sostenible o la artesanía– para alcanzar los problemas verdaderamente colectivos.

Este último es un asunto que redobla su importancia cuanto más se hacen sentir las consecuencias del cambio climático. Como razonaban Mann y Waiwright (2018), se trata de un problema planetario, y sus soluciones también deberán serlo. El calentamiento global no está tan presente en las obras de Arboleda (2020) y Riofrancos (2020), algo que contrasta con su aguda preocupación por la naturaleza. Su mirada, no obstante, se dirige a fenómenos que aumentarán su importancia cuanto más apremiante sea la transición hacia energías renovables que frenen las emisiones de carbono. Nos encontramos así ante tres libros pertinentes que, como se ha tratado de mostrar en estas páginas, actualizan el pensamiento materialista para el presente y lo ponen al servicio de los retos y las preocupaciones del ahora. El tiempo dirá en qué medida se cumplen sus predicciones, pero su proyección hacia el mañana no puede sino ser elogiada. Y es que, como reconocen los propios Mann y Wainwtight (2018:306), cuando se trata de pronósticos políticos, "arriesgarse a estar sumamente equivocado es más provechoso –y más modesto– que mantener un silencio dubitativo".

Referencias bibliográficas

Arboleda, Martín (2020). *Planetary mine: Territories of extraction under late capitalism*. Verso Trade.

Mann, Geoff y Joel Wainwright (2018). *Leviatán climático. Una teoría sobre nuestro futuro planetario*. Malpaso.

Malm, Andreas (2020). *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*. Capitán Swing.

Riofrancos, Thea (2020). *Resource radicals: From petro-nationalism to post-extractivism in Ecuador*. Duke University Press.

Valero, Antonio y Alicia Valero (2015). *Thanatia. The Destiny of the Earth's Mineral Resources. A Thermodynamic Cradle-to-Cradle Assessment*. World Scientific Publishing.